


# EL FATAL DESENCUENTRO

José Valero Cuadra

 Literanda narrativa

# El fatal desencuentro

José Valero Cuadra

**El fatal desencuentro**  
**José Valero Cuadra**

Editorial Literanda, 2012

Colección Literanda Narrativa

Diseño de cubierta: Literanda.

© José Valero Cuadra, 2012

© de la presente edición: Literanda, 2012

*Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.*

*Registro de la propiedad intelectual en trámite (expediente A-48-12).*

*Dedico esta novela a mis padres, que tanto me dieron.*

*De todo corazón doy las gracias a mi mujer, Natalia, y a mis hijos, Alicia y Eduardo, por su apoyo y comprensión durante las incontables horas pegado al ordenador.*

*Gracias a mi hermana Pino, que me presta ayuda con mis dudas gramaticales.*

*Mi agradecimiento a Andrés Alonso, por darme la oportunidad de publicar esta obra en Literanda.*

Era un día inusualmente caluroso de otoño. Las hojas, ya amarillentas, caían lentamente desde las ramas de los gigantescos árboles, mecidas por una ligera y agradable brisa. El bosque estaba cubierto por una mullida alfombra de hojarasca y ramas partidas, que en ese momento nosotros mancillábamos al pisotearlas sin ningún escrúpulo. Una ardilla trepó con rapidez por el tronco de una encina, sin duda en busca de alguna bellota que llevarse a la boca. Se detuvo un instante, nos miró desconcertada y se perdió en la frondosa espesura, lejos de miradas inoportunas.

Era un día radiante para mí, un día singular, fantástico. Mi vida había cambiado en el último mes. Pero lo más importante y sorprendente era, sin duda, que yo había cambiado, radicalmente y sin remisión, al igual que una larva se transforma en crisálida. Éste era un suceso totalmente inverosímil, de los que podemos calificar de prácticamente imposibles. En realidad, nadie creía que fuera cierto, ni mis más íntimos amigos. Lo consideraban un respiro en mi habitual vida bohemia, y nada más. Yo mismo, he de admitirlo, no lo había asimilado del todo. Algunas noches había tenido pesadillas en las que volvía a las andadas, me emborrachaba hasta perder el sentido, llegaba tarde al trabajo, ojeroso y con resaca. Me despertaba sobresaltado en el momento en que el jefe me comunicaba que me fuera buscando otro trabajo, que ya habían aguantado más de lo razonable (un despido totalmente procedente y razonable, por supuesto). ¡Cuántas veces me había ocurrido en mis treinta y cinco años de vida!

Pero todo eso había pasado a la historia definitivamente. Se acabaron las juergas nocturnas, las drogas de diseño y el alcohol sin control, se acabaron los clubes de alterne, los trabajos de tres semanas de duración, las broncas del jefe y los despidos. Se acabó la vida disoluta y desordenada, el estar sin blanca y pedir dinero prestado a los amigos (algunos, claro está, ya habían dejado de serlo). Se terminaron los ser-

mones de mi padre y las lágrimas de mi madre. Todo eso era agua pasada.

El silencio sepulcral me llenaba de paz y tranquilidad. Solo el crujido de nuestras pisadas y los leves movimientos de las ramas al compás del viento producían algunas ondas sonoras. Cogidos de la mano, María y yo paseábamos sin rumbo fijo entre árboles centenarios. Ella había sido uno de los artífices de mi transformación en una persona responsable, aunque otros factores también habían influido.

Nos habíamos visto por primera vez en agosto. Apoyado sobre el codo en la barra del pub de turno, degustando el quinto o sexto whisky de la noche, me fijé en ella: una chica alta (debe medir unos cinco centímetros más que yo, y no soy bajito), pelirroja, vestida con una minifalda blanca plisada, una camiseta de tirantes ajustada, que dejaba su ombligo al descubierto, y unos zapatos de tacón bajo. Bailaba frenéticamente al ritmo de una de las canciones de moda del verano, junto con tres o cuatro amigas. Mientras se contoneaba al son del pegadizo estribillo, iluminada alternativamente por haces de luz verde y roja, estimé que debía tener una edad entre veinte y veinticinco años (en lo que acerté plenamente). Comprobé que tenía en el bolsillo dinero suficiente para invitarla a algunas copas y decidí comenzar un ataque en toda regla. Algunas aves rapaces sobrevolaban peligrosamente el lugar, amenazando con arrebatar-me la cándida (y ahí me equivocaba) presa.

Desinhibido totalmente bajo el efecto del alcohol, me acerqué a ella de manera algo descarada, susurrándole algo al oído (que ahora no recuerdo bien). La bofetada que recibí mi mejilla derecha me hizo tambalearme ligeramente. Desistí en mi empeño. Nunca he sido un pesado, ésa es una de mis virtudes. Y así acabó nuestro primer encuentro, como el rosario de la aurora.

Los rayos de luz iban languideciendo lentamente a medida que el astro rey se ocultaba tras el horizonte. Apenas algunos débiles haces agonizantes se filtraban entre los árboles, proporcionando las últimas

dosis de calor de aquella magnífica tarde. Comenzaba a refrescar, y se nos había puesto piel de gallina, por lo que nos pusimos las rebecas de lana. María se soltó de mi mano y se adelantó dos pasos, invitándome a que hiciéramos una carrera hasta la salida del bosque. Era una buena manera de entrar en calor, desde luego. Sin embargo, yo hacía demasiado poco tiempo que había comenzado mi nueva vida, y pronto sentí que los pulmones me quemaban. Resoplando, me detuve jadeante en un recodo del sendero. Decidí tomar un atajo saliéndome del camino. Era la única forma de prestar algo de resistencia.

Recorrí a paso ligero la distancia que me separaba del final del camino. Tuve que sortear algunas gruesas raíces y pisotear algunas setas. Tratabillé en un par de ocasiones, en las que estuve a punto de caerme de bruces, pero finalmente conseguí mi objetivo. Por el rabillo del ojo veía cómo María trotaba con facilidad por la senda. De vez en cuando miraba hacia atrás buscándome, aunque lógicamente no podía verme. Tenía delante de mí dos pinos, altos como torres, situados en paralelo en el linde del camino, que formaban una especie de línea de meta. Esperé unos segundos a que María torciera en la curva y entonces me planté de un salto delante de mi desprevenida novia.

O eso pensaba yo. Esperaba que fuera a parar a mis brazos empujada por la inercia, pero no había ni rastro de ella. Me había esquivado con gran habilidad, tenía que admitirlo. Me dirigí andando hacia la salida del bosque, donde suponía que ella me estaría esperando victoriosa.

El tiempo había cambiado súbitamente. Sentí cómo la piel se me erizaba de frío, aun con la rebecca puesta. El viento agitaba con vehemencia las copas de los árboles, cuyas ramas se mecían sin cesar, aferradas al grueso tronco, y se veían incapaces de retener las hojas. Miles de ellas volaban por el aire, formando remolinos y golpeándome en la cara. Negros nubarrones cubrían el cielo, dispuestos a descargar litros de agua sin piedad. Solo una tenue claridad me permitía orientarme por el sendero.

Mientras caminaba lentamente con la respiración entrecortada y ate-

ruido de frío, recordaba los maravillosos cambios del último mes. Septiembre fue un mes clave. Todo comenzó con unos ligeros dolores en la parte derecha del abdomen, cierto malestar y fatiga continua. Muy mal debía encontrarme para que me decidiera a visitar al médico.

—No tienes nada grave de momento —me dijo—, pero debes plantearte el cambiar tu ritmo de vida ahora que todavía estás a tiempo: reducir drásticamente el consumo de alcohol y tabaco, eliminar las drogas, dormir ocho horas diarias, llevar una rutina saludable, en definitiva. Tu cara tiene un aspecto que inspira lástima. ¿Te has mirado al espejo?

Nos conocíamos desde hacia unos años, y un tiempo atrás ya me había dicho algo similar, aunque entonces era más joven y gozaba de una inmejorable salud. Sin embargo, el cuerpo esta vez me pedía que le hiciera caso.

—Mi problema es encontrar un trabajo que realmente me guste. He sido camarero, dependiente, he hecho chapucillas de fontanería y electricidad, y algunas otras cosas, pero ninguna de esas actividades me llenan. Cuando acabo mi jornada laboral, solo me apetece ir al bar. Y luego todo se lía. Bueno, ya sabes...

Me miró incrédulo y con desaprobación.

—¿Y qué trabajo es el que te gusta? —Había algo de ironía en su voz.

—Me da igual que me creas o no —dije a la defensiva—. Mi sueño siempre ha sido ser cronista en un periódico. —Enarcó las cejas—. Estudié tres años la carrera de periodismo, aunque abandoné los estudios. Mis notas no eran brillantes, y mi padre me cortó el grifo. Si tuviera un trabajo así, mandarían el alcohol y toda la demás mierda al garete.

Se rascó el cogote y meditó algunos segundos.

—Casi me has convencido. —Su cabeza se balanceaba a derecha e iz-



quierda de forma mareante—. Creo que puedo ayudarte. Conozco al redactor jefe de un diario local. Si me prometes que cumplirás tu promesa, puedo recomendarte.

Dicho y hecho. Dos semanas más tarde comencé a trabajar en el periódico, escribiendo las crónicas de los partidos del equipo de fútbol de la localidad, que jugaba en tercera división. Con una ilusión bárbara, de la noche a la mañana me convertí en un ciudadano ejemplar. Cumplía con mi horario a rajatabla, incluso hacía horas extra gratis para perfeccionar mis redacciones, en las que me esmeraba más de la cuenta. Al fin y al cabo, solo eran crónicas deportivas de poca monta, no artículos literarios. Dejé de consumir tabaco y droga. Solo me fumaba algún cigarrillo de vez en cuando. ¡Ni siquiera salía los fines de semana! Encerrado en casa, me dedicaba a leer periódicos y más periódicos.

El redactor jefe, que me había contratado renuente, me comenzó a valorar positivamente. A finales de septiembre me encargó un trabajo más importante, señal de que depositaba cierta confianza en mí. El inicio del curso en la universidad estaba en peligro debido a la amenaza de una huelga estudiantil. Yo debía entrevistar a algunos estudiantes, en especial a los cabecillas. Y fue entonces cuando volví a encontrarme con María.

Miles de estudiantes se arremolinaban alrededor del Rectorado, enarbolando pancartas y pastines. Gritaban, cantaban y daban palmas continuamente. El ruido era ensordecedor. Me introduje en aquel inmenso hormiguero para tratar de llegar a la puerta del edificio. Al fin, tras cuarenta minutos de sufrimiento, lo conseguí, si bien me llevé de regalo algún que otro codazo y varios rasguños en el cuerpo.

En la escalinata de entrada cinco estudiantes estaban sentados en fila, con las piernas y los brazos cruzados. Parecían esperar el inicio de un extraño ritual. Y allí estaba ella. La reconocí al instante. Las huellas dactilares de sus dedos habían quedado grabados de forma indeleble en mi mejilla.

Hubiera sido completamente absurdo pensar que ella pudiera acordarse de mí, ya que no fui más que un fugaz moscardón despechado de medianoche. Así que me lancé a hacerle preguntas sobre los motivos de aquella huelga, a las que respondió durante unos quince minutos muy seria y segura de sí misma. A duras penas conseguía oír las respuestas entre el griterío vociferante del ejército de hormigas que nos rodeaba y el silbido del fuerte viento que se había levantado, y que provocaba un molesto golpeteo en las puertas de entrada. Así que concerté una cita con ella en la redacción para continuar nuestra charla, prometiéndole que la noticia aparecería en primera página del diario (algo que pude cumplir, para mi grata sorpresa).

Tras la primera entrevista siguió una segunda y, después, una tercera. Así, de manera casi imperceptible para mí, me fui enamorando de ella. Y, algo más sorprendente si cabe, ella de mí. Dejé que aquella poderosa sensación me dominara, lo que reflejaba claramente que mi nueva vida había triunfado. Meses atrás habría abortado la relación inmediatamente, evitando cualquier tipo de relación estable: no deseaba bajo ningún concepto ninguna atadura ni compromiso.

Pronto conocí a su familia. Su padre me daba la mano envarado y muy serio cada vez que nos veíamos. Tenía profundos recelos sobre mí, de lo que no le culpó. Su hija y yo representábamos dos polos opuestos. Ella era una brillante estudiante de tercero de ingeniería industrial, una chica responsable que se divertía los fines de semana con moderación y que participaba en movimientos estudiantiles de forma activa. Yo, en cambio, había sido (hasta mi metamorfosis) un cabeza loca cuyos trabajos duraban menos que un parpadeo. Sin embargo, en mi recientemente creada disposición de ánimo, el sentido de la responsabilidad fluía de María hacia mí al igual que el calor lo hace de un cuerpo caliente a uno frío.

Mis gratos recuerdos se diluyeron en mi mente cuando comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Aceleré el paso por el camino, adentrándome otra vez en el bosque. Llegué al recodo donde vi a María por última vez, pero no había ni rastro de ella. Comencé a asustarme.

¿Qué podría haberle ocurrido? Desde luego, si aquello era una broma no tenía ni pizca de gracia. Grité su nombre hasta quedarme afónico y con la garganta enrojecida. La única respuesta a mis alaridos era un creciente murmullo de ramas y hojas en continuo movimiento que colisionaban entre sí. El corazón comenzó a palpitarme aceleradamente, y mis intentos por tranquilizarme resultaron vanos.

Los árboles, que antes habían sido cómplices de dos amantes enamorados, y que habían formado cúpulas protectoras sobre nuestras cabezas, ahora me parecían ominosos y amenazadores, como si fueran peligrosos conspiradores que me pisaran los talones. Las hojas, que horas antes me habían parecido de seda, cuando nos habían proporcionado un improvisado lecho sobre el que hacer el amor, eran ásperas como papel de lija y punzantes como agujas. El murmullo del bosque, mis pisadas, el aullido del viento, que habían sonado a música celestial durante nuestro largo paseo, golpeaban mis oídos formando una cafonía terrorífica.

Llegué al lugar en el que me había separado de María al iniciar la infausta carrera. Aquel sitio me parecía distinto, como si no hubiera estado allí hacía unos minutos. No había ningún rastro de nuestra presencia, ni siquiera pisadas. De repente, el pánico me dominó por completo. Comencé a correr por el camino, volviendo sobre mis pasos. Mi reacción era comparable a la de alguien a quien le cayeran gotas de ácido abrasivo del cielo.

En mi irracional huida tuve un traspies y caí al suelo de bruces, con tan mala fortuna que mi nariz se golpeó con fuerza contra una roca, provocándome una intensa hemorragia. No pude evitar que algunas gotas gruesas salpicaran mi antaño blanca e inmaculada camisa, y que a estas alturas tenía ya varias manchas de polvo, barro y sudor.

Conseguí tranquilizarme y convencerme de que todo se iba a arreglar. Seguramente María se había perdido en el bosque y había regresado por otro camino. Me estaría esperando en el coche. Era la explicación más lógica. Ya más relajado, des hice el camino andado hasta llegar al

claro entre los árboles en el que presumiblemente debía estar aparcado nuestro vehículo. ¡También había desaparecido! En su lugar solo encontré varias piedras chamuscadas formando un círculo y con una capa de cenizas aún humeantes en su interior. Millones de ideas absurdas cruzaban mi mente. ¿Se había largado dejándome allí? No, cómo podía pensar tal cosa. ¿Había sido secuestrada usando su propio coche? No, eso parecía totalmente descabellado. Debía de haberme equivocado yo de camino. Me había perdido en el bosque y había llegado a otro claro próximo. ¡Esa era una buena explicación! Al fin y al cabo, de noche todos los gatos son pardos.

Durante una terrible hora busqué infructuosamente otro claro que me devolviera la ya perdida esperanza. La noche había introducido casi por completo sus negros tentáculos por entre los troncos hieráticos. Un oscuro telón se cerraba paulatinamente delante de mi retina, sumiéndome en la ceguera. Así que no tenía más remedio que abandonar mis inútiles pesquisas y volver a la carretera en busca de ayuda. Si no, solo conseguiría perderme en la espesura del bosque.

Los músculos de mis castigadas piernas comenzaron a dolerme tres horas después de comenzar mi marcha por el arcén en dirección a la ciudad. La temperatura había bajado varios grados más, por lo que sentía mucho frío. Además, con el cuerpo completamente empapado por la lluvia tenía todas las papeletas para agarrar una pulmonía. Tras la tormenta se abrió un claro entre las nubes que permitió a la luna asomar tímidamente su rostro. Sus débiles rayos me proporcionaron algo de claridad en aquella espantosa noche. Por lo menos podía evitar salirme de la carretera y hundir mis zapatos en el barro. La visión de la luna llena me produjo un súbito escalofrío. ¡Hubiera jurado que había luna nueva el día anterior! Pensé que todo era fruto de mi maltratada imaginación y seguí adelante.

Súbitamente, un silencio sepulcral se había hecho dueño del lugar. La lluvia cesó, el viento escapó con la misma celeridad con que había llegado, y solo el ulular de los búhos producía vibraciones en mis tímpanos.

El sonido del motor diesel me produjo el impacto de una revelación divina. Dos ojos amarillos venían a mi encuentro a gran velocidad. Decidido a no dejar escapar la oportunidad, me planté en medio de la carretera agitando los brazos con frenesí. El conductor del camión debió de notar mi presencia demasiado tarde, ya que, aunque pisó el freno a fondo, no consiguió detenerse a tiempo, pudiendo salvarme in extremis del fatal choque mediante un salto felino que me hizo rodar por el arcén y luego ir a parar a un inmundito charco infestado de ranas. El camión detuvo su marcha cincuenta metros más adelante. El olor a goma quemada impregnaba la atmósfera. El conductor, entre asustado y encolerizado, bajó de la cabina y se acercó a mí, sacando a continuación mi cabeza del fango.

—¿Está usted loco? Por poco me lo llevo por delante.

Aturdido, yo no conseguí articular palabra alguna.

—Venga conmigo. Lo llevaré al hospital.

Conseguí romper mi bloqueo y responder con cierta ansiedad en mi voz.

—No, no. No necesito ningún hospital, estoy bien. Le estaría agradecido si pudiera llevarme a la comisaría más cercana. Mi novia se ha perdido en el bosque. Tengo que encontrarla.

—De acuerdo —dijo tras pensar un rato—, pero límpiese toda esa porquería que tiene pegada. Me va a poner perdido el asiento.

Nos subimos al camión y viajamos durante media hora en un incómodo silencio, tan solo perturbado por esporádicos carraspeos de mi acompañante, quien parecía algo asustado y receloso, como si yo fuera a abalanzarme sobre él en cualquier momento y dejarle sin blanca y sin camión en el mejor de los casos.

Creo que respiré aliviado cuando me apeé del vehículo saltando a tierra desde el estribo y dándole repetidamente las gracias.

—Para eso estamos, amigo. Corra, corra. Espero que encuentre a su novia. Con este tiempo tormentoso debe darse prisa en rescatarla.

Tras estas palabras cerró la puerta y aceleró bruscamente, dejándome envuelto en una tóxica nube procedente del oxidado tubo de escape del camión.

Permanecí unos instantes sin moverme; se diría que estaba embriagado por el humo, que tardó un tiempo en disiparse. El tétrico aullido del viento gélido me hizo despertar de mi ensoñación, y me dirigí presto a la entrada de una vieja casa de una planta, cuyas paredes estaban en parte desconchadas y en parte recubiertas de multitud de graffiti que nadie parecía dispuesto a borrar. Un pequeño rótulo que informaba de que allí se encontraba un puesto de la policía local pendía a duras penas y en ángulo oblicuo sobre la puerta.

Llamé a la puerta golpeándola con los nudillos, dado que no fui capaz de encontrar ningún timbre ni interfono. Ante la falta de respuesta giré la manilla y abrí la puerta, que chirrió sonoramente sobre sus goznes. Desde luego, no necesitaban disponer de campanillas que los avisaran de los visitantes.

Penetré en una fría y poco acogedora estancia donde reinaba un absoluto desorden. Las mesas estaban abarrotadas de pilas de papeles, algunos de los cuales habían caído al suelo sin que nadie se molestara en recogerlos. Periódicamente una gruesa gota procedente del permeable techo caía a un metro de la entrada, por lo que era necesario esquivar un amplio charco que crecía inexorablemente. El habitáculo estaba sumido en penumbra. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, y solo una débil bombilla que colgaba de un cable impedía que la oscuridad se adueñara del lugar, que, lejos de proporcionarme esperanzas, me transmitió una desagradable sensación de abandono e impotencia.

Me armé de valor y conseguí traspasar el vestíbulo sin mojarme los pies. Enfrente de mí, sentado en una butaca tapizada en terciopelo

rojo ya ajado por el paso del tiempo, un individuo larguirucho, de tez pálida y magras mejillas, con el pelo moreno cortado a cepillo, y embutido en una chaqueta azul en la que brillaba una insignia dorada, rellenaba sin levantar la cabeza unos formularios que iba cogiendo de una de las muchas pilas de hojas que amurallaban su escritorio. Al fondo de la estancia una chica joven de pelo violáceo recogido en una larga coleta tecleaba de forma indolente y con cara de disgusto ante la pantalla de un ordenador. Ninguno de los dos pareció notar mi presencia.

Al cabo de un rato el funcionario levantó su vista y me miró con sorpresa, como si acabara de darse cuenta de que estaba esperando.

—¿Deseaba usted algo? —preguntó con voz ronca y sin ofrecerme siquiera una silla para sentarme. Mientras, continuaba escribiendo de forma mecánica sin mirar la hoja—. Llega en mal momento, amigo. Estamos de trabajo hasta el cuello.

Tuve la desagradable sensación de que esperaba que diera media vuelta y me largara sin más.

—Necesito su ayuda. Estoy en un gran apuro. —El policía torció el rictus, contrariado, al tiempo que echaba una ojeada a su reloj de pulsera. Se diría que lo había cazado unos minutos antes del cambio de turno—. Mi novia se ha extraviado en el bosque. La he buscado, pero sin ningún resultado.

Resopló ostensiblemente, mostrando así su desagrado por mi visita.

—Hace un tiempo de mil diablos, ¿sabe usted? Deberían ser más responsables y quedarse en casita en lugar de pasear por el bosque. ¡Sandra! —gritó—. Tómale los datos a este señor. Vamos a hacer una batida por los alrededores.

La chica tardó veinte interminables minutos en rellenar, con desesperante pachorra, el informe de mi denuncia. Mientras yo me comía los nudillos dominado por la impaciencia y el miedo, el policía des-

pertó a un colega que dormía plácidamente en un camastro situado tras un biombo. Huelga decir que su reacción no fue precisamente halagüena. El individuo se incorporó lentamente al tiempo que bostezaba y se desperezaba. Era un hombre fornido, de mediana estatura, cuyo tupido y grisáceo bigote reflejaba el inexorable paso de los años. Le costó algo de trabajo incorporarse, ya que, sin ser grueso, una nada despreciable barriga cervecera alteraba su centro de gravedad.

—En marcha —dijo con voz potente e imperativa.

Los dos policías se pusieron sendas chaquetas de color azul y se hundaron las gorras. Debo decir que, a pesar del poco cordial recibimiento, tuvieron la cortesía de prestarme un raído jersey de lana (mi rebeca estaba empapada) y un chubasquero con el que protegerme de la lluvia, que caía de nuevo con intensidad.

Iluminados por la tenue luz lunar, cuya presencia me seguía produciendo una constante congoja, y por dos potentes conos de luz que surgían de las bocas de sendas linternas, recorrimos con suma lentitud y tomando muchas precauciones los múltiples senderos que serpenteaban por los intrincados vericuetos del bosque. Mis guías inspeccionaban con meticulosidad y gran profesionalidad cada palmo de terreno en busca de huellas o de algún trozo de tela atrapado entre los zarzales que nos pudiera proporcionar alguna pista. Sus esfuerzos resultaron, sin embargo, inútiles e infructuosos. No había ningún rastro, ninguna señal que nos ayudara.

Tres horas más tarde regresamos al punto de partida, al fatídico lugar donde María había desaparecido como por arte de magia. En mi estado de total abatimiento y desconsuelo no notaba las gotas de lluvia que el fuerte viento impulsaba a ráfagas sobre mi rostro.

—¿Y dice usted que fue aquí donde desapareció?

Asentí.

—Estábamos concluyendo una carrera. Ella me llevaba ventaja, así



que decidí tomar un atajo antes de tomar la curva. Entonces perdí contacto visual con ella debido a la frondosidad del bosque. Cuando traspasé el umbral creado por estos dos árboles, ya no estaba.

—Y no oyó nada. Ningún grito, ninguna pisada —dijo el policía barrigudo.

—Nada. Solo el susurro de las hojas y el viento.

—Es muy extraño. Vayamos al claro donde estaba aparcado el coche.

Aquel tramo de terreno se encontraba muy embarrado por la persistente lluvia que seguía cayendo, y nos costó bastante tiempo recorrer los doscientos metros que nos separaban del calvero. Tenía los pies tan fríos y húmedos que caminar me resultaba doloroso. Una densa pátina de lodo cubría gran parte de mis zapatos y calcetines hasta la altura de los tobillos.

El cono de luz iluminó el círculo de piedras que contenía las ya apagadas cenizas. El policía larguirucho se agachó para inspeccionar los restos de la hoguera.

—¿Y dice que su coche se encontraba aparcado justo aquí?

—Sí, me acuerdo perfectamente —respondí.

—Bueno, a todos nos juega malas pasadas nuestra memoria. ¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Y no se ha equivocado de calvero?

—No, seguro. Eso fue lo que pensé al principio. Después de desaparecer María busqué otro claro por espacio de un hora, pero no hay ninguno más en los alrededores. Tiene que ser éste.

No veía bien su rostro en la oscuridad, pero creo que me miró con extrañeza.

—Verá —me dijo—, hay muchos datos contradictorios. En primer lugar, puede ver que no hay huellas de ruedas en este lugar. Podemos dar a esto una explicación racional: o bien alguien ha tenido la precaución de borrarlas, o bien ha sido la lluvia. Sin embargo, le puedo asegurar que estas piedras llevan aquí muchos meses. Es un lugar frecuentado por los excursionistas para instalar sus barbacoas. Sin ir más lejos, la semana pasada tuvimos que multar a un grupo de imprudentes. Faltó poco para que provocaran un incendio.

Yo me había quedado mudo.

—Es muy poco probable que alguien se tomara la molestia de apartar estas pesadas piedras y volverlas a colocar después, ¿no cree?

No podía creer lo que me estaba ocurriendo. ¡Pensaban que mi historia era un bulo! Sentí que mi estómago se encogía.

De pronto sonó la alarma de un teléfono móvil. El policía barrigudo respondió la llamada con presteza. Durante unos minutos escuchó lo que le decían respondiendo con esporádicos monosílabos. Cuando colgó, se acercó a mí con cara de pocos amigos.

—Vamos a ver si nos aclaramos —me espetó con brusquedad—. El coche desaparecido es propiedad del padre de su novia y tiene matrícula 3476-DFV, ¿correcto?

—Sí —respondí con la voz quebrada.

—Lo han localizado. —Hizo una interminable pausa de varios segundos—. Su propietario afirma que no ha salido del garaje en todo el día. —Mi corazón me dio un vuelco—. ¿Puede darme una explicación lógica, aparte de que se está burlando de las fuerzas del orden?

—Les he contado la verdad —dije sin convicción.

—No se crea que nos chupamos el dedo —me recriminó—. Me acaban de comunicar que tiene usted unos antecedentes muy poco recomendables. Ya ha dormitado varias noches en nuestras celdas por provocar desórdenes públicos en estado de embriaguez.

—¡Por Dios! —estallé—. Eso forma parte de mi pasado. Me he rehabilitado, créanme.

—Eso son solo palabras. Los hechos no mienten y dicen todo lo contrario. Volvamos al cuartelillo.

Sentado en el asiento trasero del vehículo policial contemplaba impotente cómo se esfumaban mis débiles esperanzas de encontrar a María. Pensé que, quizá, los rescoldos ya apagados de la fatídica hoguera eran un mal presagio para mí. El viento aullaba con fuerza y empujaba violentamente las gruesas gotas de lluvia contra el cristal. Era una noche desapacible y ominosa, una noche infernal para mí.

La chica de la coleta violeta pareció contrariada al vernos regresar tan pronto, aunque disimuló rápidamente su turbación y continuó tecleando sobre el teclado indolentemente. El hombre barrigudo desapareció de nuevo tras el biombo mientras el larguirucho volvía a ocupar su asiento tras la sólida fortaleza de formularios.

—Espere un momento. Tengo que cumplir con las formalidades legales.

Durante media hora se dedicó a rellenar impresos que seguramente nada tenían que ver conmigo. Yo me distraía de mis preocupaciones observando el lento crecimiento del charco de la entrada. Finalmente, se levantó y se acercó a la chica. Ésta agarró el auricular del teléfono y marcó un número. Yo no podía entender lo que decía, pero percibí una gran tensión en su cara, muy desfavorecida por la curva descendente de sus labios y los pliegues de su ceño fruncido. Un minuto más tarde le pasó el auricular al hombre, que por espacio de varios minutos conversó al tiempo que me miraba con cara de malas pulgas.

Cuando regresó a su castillo y se sentó delante de mí, tenía las mejillas arreboladas y el rostro contorsionado por una a duras penas contenida indignación.

—¿Sabe con quién acabo de hablar? —me preguntó con violencia en la voz.

Negué con la cabeza, confundido.

—Creo que sí lo sabe. Y si no, es que usted ha perdido el juicio.

—No entiendo...

—Ahora lo va a entender —me cortó—. He tenido una tensa conversación con el padre de su novia, que no me ha agradecido precisamente que le haya despertado a estas horas. ¿Sabe usted que es un hombre importante en el Ayuntamiento? Es el brazo derecho del alcalde.

Yo permanecía callado, esperando alguna noticia que me consolase.

—Y después he hablado con María.

Di un respingo de alegría.

—¿Entonces se encuentra bien y a salvo? —dije excitado.

—Por supuesto que sí. De hecho, no ha salido de su casa en todo el día. Ha estado ayudando a su padre a podar los setos del jardín.

—Eso no es posible.

—Y tanto que lo es. Además, dice que hace un año que no sabe nada de usted, que desapareció sin dejar rastro y lo creían muerto.

Me quedé mirándole con la boca abierta, totalmente desconcertado y aturdido.

—Debe de haber un error —balbucí—. Quizá, han llamado a otra persona.

Se levantó, súbitamente encolerizado.

—Estoy más que harto de sus tomaduras de pelo. Ya me ha hecho perder bastante el tiempo esta noche. Salga ahora mismo por esa puerta si no quiere que lo encierre en el calabozo.

No dudé ni un segundo en hacerle caso, así que me levanté dispuesto a marcharme. El rostro del policía se endureció.

—Con esas manchas de sangre y barro se podría pensar que ha asesinado a alguien en el bosque.

Di media vuelta y salí de la estancia sin darle la oportunidad de cambiar de idea.